

amantísimo, benignísimo, carísimo, preciosísimo, deseadísimo, amabilísimo Señor, ¿cuándo os veré?, ¿cuándo pareceré delante de vuestro rostro?, ¿cuándo me hartaré de vuestra hermosura?, ¿cuándo me sacaréis de esta cárcel tenebrosa, para que alabe vuestro santo nombre y no tenga más congoja ni aflicción?

¿Cuándo llegaré a aquel vuestro admirable y hermosísimo palacio real, donde no se oyen sino voces de alegría y de júbilo? *Bienaventurados, Señor, son los que moran en vuestra casa, porque en los siglos de los siglos os alabarán.* Bienaventurados y de veras bienaventurados los que Vos habéis escogido y hecho particioneros de esa gloria celestial. Vuestros santos, Señor, florecen delante de Vos como lirios, y son abastados de la abundancia de vuestra casa, y hartados de las corrientes de vuestros deleites. Porque Vos sois fuente de vida, y ven la lumbre en vuestra lumbre tan perfectamente, que por Vos, que sois lumbre que los ilumina, ellos mismos

vienen a ser lumbre iluminada de Vos, y vestidos de vuestra luz, resplandecen como un sol delante vuestro acatamiento. ¡Oh qué maravillosos, qué hermosos y qué agradables son los aposentos de vuestra casa, y cómo mi alma pecadora desea entrar en ellos! Porque yo, Señor, he amado la hermosura de vuestra casa y el lugar donde habita vuestra gloria.

*Una gracia he pedido a Dios, y ésta buscaré: que pueda morar todos los días de mi vida en la casa del Señor. Como el ciervo sediento desea las fuentes de las aguas, así mi alma desea a Vos, Señor. ¿Cuándo vendré, cuándo pareceré delante de Vos? ¿Cuándo veré aquel Dios mío que desea mi alma, cuándo le veré en la tierra de los vivientes? Porque en esta tierra de los que mueren, ninguno le puede ver con ojos mortales. ¿Qué haré yo, miserable, viéndome atado y cargado con las prisiones de esta mortalidad? ¿Qué haré? Pues mientras que estamos en el cuerpo, somos peregrinos, y no tenemos aquí ciudad per-*

manente; buscamos la que ha de venir, pues nuestra patria está en el cielo.

¡Desventurado de mí, cómo se va alargando este mi destierro, cómo habito con los moradores de Cedar y de tinieblas, y cómo dura mi peregrinación! ¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré? No hay cosa para mí tan dulce como estar con mi Señor y llegarme a Él; muy bueno es para mí. Dadme, Señor, gracia para que, mientras estoy vestido de estos miembros frágiles, yo me llegue a Vos, pues *el que se allega a Vos es un espíritu con Vos*. Concededme, pues, yo os ruego, las alas de vuestra contemplación, para que con ellas yo vuele a Vos. Y porque todas las cosas terrenales y pesadas van hacia abajo, tenedme Vos de vuestra mano para que no caiga en la profundidad de este valle tenebroso, y para que la sombra de la tierra no se interponga entre Vos y mí, y me prive de vuestra luz, ¡oh Sol de justicia!, y no me deje ver y mirar a lo alto.

Tened con vuestra mano mi corazón,

porque sin Vos no puedo subir arriba, y con gran prisa querría llegar adonde reina la paz soberana y la perpetua quietud. Tened y regid Vos mi espíritu, y conformadle con vuestra voluntad, para que, guiándole Vos, suba a aquella bienaventurada región, donde Vos apacentáis para siempre a Israel con el pasto de la verdad, y para que con grande y vehemente afecto se abraze con Vos, que sois Suma Sapiencia.

Mas cuando mi alma quiere volar a Vos, muchas cosas la enojan y le hacen ruido. Callen todos, Señor mío, por vuestro mandado; la misma alma calle y pase con silencio por todas las cosas criadas, y comenzando de sí, suba por todas ellas hasta que llegue a Vos, y en Vos solo, criador de todas ellas, ponga los ojos de la fe. A Vos anhele, a Vos atienda, a Vos medite, a Vos contemple, a Vos tenga delante de sus ojos, a Vos traiga delante de su corazón, que sois verdadero y Sumo Bien, y gozo que permanece para siempre.

Muchas consideraciones hay con las

cuales el alma devota maravillosamente se sustenta; pero ninguna hay de tanto deleite ni de tanto gusto para ella, como pensar en Vos, y a Vos solo meditar y contemplar. ¡Cuán grande es la abundancia de vuestra dulzura, Señor, la cual maravillosamente infundís en los corazones de los que os aman! ¡Y cuán inefable es la suavidad de vuestro amor, de que gozan los que no aman otra cosa fuera de Vos, ni otra cosa buscan ni desean ni querrían pensar! Bienaventurados aquellos cuya esperanza sois solo Vos, y todo su cuidado y estudio es la oración. Bienaventurado el que sabe estar sentado, solitario y quieto, y calla y vela continuamente de día y de noche sobre sí, para que aun estando en este cuerpo flaco y miserable, pueda gustar alguna gota de vuestra dulzura.

Yo os suplico, Señor, por aquellas vuestras preciosas llagas, y por aquella sangre que manó de ellas para nuestra redención, que llaguéis esta mi alma pecadora por la cual os dignasteis morir. Llagadla, Señor, con aquella abrasada y

poderosísima lanza de vuestra excesiva caridad, porque *vuestra palabra es viva y eficaz, y penetra más que la espada de dos filos*. Vos sois saeta escogida y espada muy aguda, que podéis romper y cortar el escudo del corazón humano con vuestra omnipotencia. Pues traspasad mi corazón con la saeta de vuestro amor, para que os diga mi alma: Herida estoy con vuestra caridad. Y para que de esta misma herida de vuestro amor corran lágrimas abundantes de día y de noche.

Herid, Señor, herid esta piedra dura con la punta del cuchillo de vuestro amor, y penetrad hasta lo más íntimo de mis entrañas, y sacad de mi cabeza agua abundante, y de mis ojos una fuente de lágrimas que mane continuamente, por el afecto y el deseo encendido de vuestra hermosura. Llore yo de día y de noche, y no admita en esta presente vida consolación alguna, hasta que merezca ver en el tálamo glorioso a mi dulcísimo y hermosísimo Esposo, Dios mío y Señor mío; y viéndoos, humilde-

mente os adore en compañía de los bienaventurados espíritus, y lleno de un celestial e inefable júbilo, exclame con todos vuestros santos, y diga: Ya veo lo que codicié, ya tengo lo que esperé, ya poseo lo que deseé, porque estoy junto en el cielo con aquel a quien, estando yo en la tierra, amé con todas mis fuerzas, y con quien me abracé con toda caridad, y a quien con todo amor me allegué; a este Señor alabo, bendigo y adoro; que vive y reina en los siglos de los siglos.

## CAPITULO 37

*Oración para el tiempo de la tribulación.*

Tened misericordia de mí, Señor mío piadoso; tened misericordia de mí, miserable pecador, que hago lo que no debo, y padezco lo que debo; y continuamente os ofendo y cada día sufro vuestros azotes. Cuando pienso bien mis culpas, conozco claramente que son pe-

queños los males que padezco, y menores de los que ellas merecen. Justo sois, Señor, y justo vuestro juicio, y no hay injusticia en Vos; porque no castigáis injustamente a los que, cuando no éramos, con vuestro poderoso brazo sacasteis del abismo de la nada, y después que nos perdimos por nuestra culpa, nos reparasteis con vuestra preciosa Sangre.

Bien sé que esta nuestra vida no pende del acaso ni está sujeta a los movimientos varios e inciertos de la fortuna, sino que es gobernada de vuestra inefable providencia, con la cual, Señor, disponéis todas las cosas y las gobernáis, porque de todo y de todos tenéis cuidado, y más particularmente de los que colocaron toda su esperanza en sola vuestra misericordia. Põr tanto, ye os suplico que no me castigéis como merecen mis pecados, sino conforme a vuestra gran misericordia, que sobrepuja todos los pecados del mundo. Vos, Señor, que dais exteriormente los trabajos, dad las fuerzas interiores pa-

ra llevarlos. Armadme de una paciencia invencible con que mi alma esté asida de Vos y mi lengua siempre os alabe. Tened misericordia de mí, ayudadme esforzadme, fortalecedme como veis que para el alma y para el cuerpo lo he menester.

## CAPITULO 38

### *Oración devota al Hijo de Dios.*

Señor mío Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que extendisteis vuestras manos sacerdotales en la cruz y bebisteis el cáliz amargo de vuestra pasión por la redención de todos los pecadores: yo os suplico que hoy me socorráis y deis la mano. Heme aquí, Señor, que, como pobre, vengo a Vos, que sois rico, y como miserable, al misericordioso; no vuelva vacío ni desechado de Vos. Con hambre vengo, no me vuelva ayuno; y si antes que coma suspiro, a lo menos

concededme Vos que después de haber suspirado coma.

Ante todas cosas, dulcísimo Jesús, yo confieso mi maldad delante de vuestra magnificencia y bondad, porque habiendo yo sido concebido y nacido en pecado, y habiéndome Vos lavado y santificado, yo después he tornado a afear mi alma con más graves culpas; porque nací en el pecado que yo no pude excusar, y después me he encenagado por mi voluntad en otros pecados.

Mas Vos, Señor, no olvidándoos de vuestra misericordia, me sacasteis de la casa de mi padre carnal y de la conversación de los pecadores, y me llamasteis a la compañía de vuestros siervos, de aquellos que buscan vuestra faz y andan por las sendas derechas de la perfección, y moran entre los lirios de la castidad, y están sentados en el tabernáculo de una altísima pobreza. Mas yo, desagradecido a tantos beneficios, después de haber entrado en la religión, he cometido muchos pecados; y habiendo de enmendar las culpas pa-

sadas, he añadido culpas a culpas y pecados a pecados.

Estos son mis males, Señor, con los cuales he deshonrado a Vos y he mancillado aquella alma que Vos criasteis a vuestra imagen y semejanza, con la soberbia, con la vanagloria y con los otros innumerables males que la congojan, la afligen y destruyen. Mil maldades, Señor, están sobre mi cabeza, y como una carga muy pesada la agravan; y si Vos, cuya es propia la misericordia y el perdonar, no me tenéis debajo vuestra mano, no podré dejar de perderme y de irme al fondo sin remedio. Parad mientes, Señor Dios mío, y mirad que mi adversario hace burla de mí y dice: *Dios le ha desamparado; perseguidle y prendedle, porque no tiene quien le libre de mis manos.* Y Vos, Señor, ¿hasta cuándo disimuláis? Volved vuestros piadosos ojos y librad mi ánima y salvadme por vuestra misericordia; apiadaos de este vuestro hijo, que con tan grandes dolores disteis a luz, y no atendáis tanto a mi gran

maldad, que os olvidéis de vuestra suma bondad.

¿Qué padre hay en el mundo tan inhumano que no libre a su hijo?, o ¿qué hijo hay que no sea castigado de su padre con la vara de la corrección? Pues, ¡oh Padre y Señor mío!, por más pecador que yo sea, no puedo dejar de ser vuestro hijo, pues me hicisteis y reparasteis. Si pequé, azotadme y castigadme, y así enmendado, entregadme a vuestro Hijo. ¿Puede, por ventura, la madre olvidarse del niño que salió de sus entrañas? Pues por más que ella se olvide, Vos, Padre amoroso, no os olvidaréis de vuestro hijo, porque así lo tenéis prometido.

Heme aquí que doy gritos y no me oís; mi corazón está atravesado de dolor y no me consoláis. ¿Qué diré o que haré, pobre y miserable, pues estando en tanta tristeza y amargura, Vos, Señor, me arrojáis de Vos?

¡Ay de mí, de cuánto bien en cuánto mal he caído! ¡Adónde iba, y dónde he parado! ¡Dónde estoy, y dónde no

estoy! ¡Por quién suspiraba, y por qué suspiro! ¡Busqué los bienes, y me hallo turbado! ¡Yo me muero, y Jesús no está conmigo! Pues cierto que es mejor para mí no tener ser que tenerle sin Jesús; y mejor es no vivir que vivir sin la Vida.

¡Ah Jesús mío! ¿Dónde están vuestras antiguas misericordias? ¿Ha de durar para siempre vuestro enojo? Aplacaos, Señor, tened misericordia de mí, y no volváis de mí vuestro rostro, pues por rescatarme de la muerte no le desviasteis de los que os escarnecieron y escupieron. Yo confieso que pequé y que merezco ser condenado, y que no puedo hacer digna penitencia; pero cierto es que vuestra misericordia sobrepuja todas mis culpas y pecados. Por tanto, yo os suplico, piadosísimo Señor, que no escribáis contra mí las amarguras de mis maldades, ni entréis en juicio con vuestro siervo; mas que borréis y desahagáis mis culpas, conforme a la muchedumbre de vuestras misericordias.

¡Ay de mí!, cuando viniere el día del

juicio, y se abrieren los libros de las conciencias, y se diga de mí: He aquí este hombre y he aquí sus obras, ¿qué haré yo entonces, Señor Dios mío, cuando los cielos serán testigos de mi maldad y la tierra se levantará contra mí? ¡Oh, cómo enmudeceré, y cómo no podré responder palabra, antes con la cabeza baja estaré confuso, temblando delante de Vos! ¡Oh triste de mí!, ¿qué diré? Clamaré a Vos, Señor Dios mío; pero si hablare, no cesará mi dolor, y si callare, interiormente seré afligido de una lastimosa y extraña amargura.

Llora, alma mía, como viuda que perdió el marido con quien se había desposado en su juventud; derrama lágrimas y haz llanto, por que Cristo tu esposo te ha dejado. ¡Oh enojo del Dios omnipotente, no vengas sobre mí, porque no cabrás en mí, ni en mí hay tanta fuerza que te pueda tolerar! Tened, Señor, misericordia de mí, para que no desespere, sino que esperando, respire. Que si yo he cometido tantos

males, que por ellos me podéis condenar, Vos no habéis perdido la bondad con que soléis salvar.

Vos, Señor, no queréis la muerte de los pecadores, ni os holgáis con la perdición de los que mueren; antes para que los muertos viviesen, moristeis Vos, y vuestra muerte mató la muerte de los pecadores. Pues si muriendo Vos ellos vivieron, yo os suplico que, viviendo Vos, no muera yo. Dadme la mano de allá de lo alto, y libradme de la mano de mis enemigos, para que no se gocen de mi mal y digan: *¡Le tragaremos!* ¿Quién podrá, ¡oh buen Jesús!, desconiñar de vuestra misericordia, pues siendo aún vuestros enemigos nos redimisteis con vuestra sangre y nos pacificasteis con Dios? Debajo la sombra de vuestra misericordia corro tras Vos, y os pido perdón, y confío llegar al trono de vuestra gloria: clamaré y llamaré hasta que tengáis misericordia de mí. Porque si nos llamasteis y ofrecisteis perdón al tiempo que huímos de Vos, y no le queríamos, ¿cómo ahora

que le queremos y le pedimos no le alcanzaremos?

No os acordéis, dulcísimo Jesús, de vuestra justicia contra el pecador, sino de vuestra benignidad para con vuestra criatura; no os acordéis de vuestra ira contra el delincuente, mas acordaos de vuestra misericordia para con el miserable; olvidaos del soberbio que os provoca a saña, y mirad al desventurado que invoca vuestra piedad. Porque ¿qué cosa es Jesús, sino Salvador? Pues, oh buen Jesús, por lo que Vos mismo sois, levantaos en mi ayuda y decid a mi alma: *Yo soy tu salud.*

Mucho presumo, Señor, de vuestra bondad, porque Vos mismo me enseñáis que pida, busque y llame; y por eso, animado con vuestra amonestación, pido, busco y llamo. Y pues Vos, Señor, mandáis que pida, dadme lo que os pido; y pues me aconsejáis que busque, concededme que os halle; y pues me enseñáis que llame, abrid al que llama; fortaleced al flaco, recoged al perdido, resucitad al muerto, y dignaos regir y

governar todos mis sentidos, todos mis pensamientos, palabras y obras en vuestro santo beneplácito, para que de aquí adelante a Vos sirva, a Vos viva, a Vos me entregue.

Bien sé, Señor mío, que porque me criasteis os debo todo lo que soy, y porque os hicisteis hombre por mí y me redimisteis con vuestra sangre, os debo más de lo que soy; y tanto más, cuanto va de lo que yo soy a lo que sois Vos, que os disteis por mí. Pero yo no tengo más que a mí, ni lo que tengo os lo puedo dar sin Vos; Vos, Señor, aceptadme, tomadme y llevadme a Vos, para que así como soy vuestro por haberme criado y redimido, así lo sea por vuestra imitación y amor, que vivís y reináis en los siglos de los siglos. Amén.

## CAPITULO 39

### *Oración muy provechosa.*

Señor mío, Dios todopoderoso, que sois trino y uno, y estáis siempre en todas las cosas y fuisteis antes que ellas, y en todas seréis siempre Dios; yo os encomiendo hoy y en todo tiempo mi alma, mi cuerpo, mi vista, mi oído, el gusto, olfato y tacto; todos mis pensamientos, afectos, palabras y otras, y todos mis sentidos y potencias, interiores y exteriores, mi entendimiento, mi memoria, mi fe y creencia, y mi perseverancia. Todo lo pongo, Señor, en vuestras benditas manos, para que lo guardéis y defendáis de día y de noche, a todas horas y en todos los momentos. Yo os suplico, santa y bendita Trinidad, que me oigáis, por las oraciones de los patriarcas, por los merecimientos de los profetas, por los ruegos de los apóstoles, por la constancia de los

mártires, por la fe de los confesores, por la castidad de las Vírgenes, y por la intercesión de todos los Santos que desde el principio del mundo os agradaron; y que me guardéis y defendáis de todo mal y de todo escándalo y pecado mortal, y de todas las asechanzas y encuentros de los demonios, y de todos mis enemigos, visibles e invisibles.

Desechad de mí la altivez y aumentad la compunción; deshaced la soberbia y criad en mí la verdadera humildad; dadme lágrimas, ablandad mi corazón empedernido, libradme, Señor de todas las asechanzas del enemigo, conservadme en vuestra santa voluntad; enseñadme, Señor, a hacer siempre lo que Vos queréis, porque Vos sois mi Dios; dadme un sentido y entendimiento perfecto, para que sea capaz de vuestra inmensa benignidad. Dadme gracia para que os pida lo que Vos gustáis de oír y a mí me conviene pedir. Dadme tan copiosas y afectuosas lágrimas, que pueda desatar las prisiones de mis pecados.

Oídme, Señor y Dios mío, oídme, lumbre de mis ojos, oíd lo que os pido y concedédmelo. Si me menospreciáis, soy perdido; si me miráis con ojos de piedad, viviré; si buscáis mi justicia, no la hallaréis, porque estoy muerto y huelo mal; si me miráis con misericordia, resucitaré de muerte a vida. Alejad de mí todo lo que aborrecéis en mí, infundid en mi alma el espíritu de castidad y continencia, para que no os ofenda en lo que os pidiere; quitad de mí todo lo dañoso, y dadme lo provechoso; concededme, Señor, remedios y medicinas con que cure mis llagas; dadme, Señor, vuestro temor santo, la compunción de corazón, la humildad de mi alma, la conciencia pura, la caridad fraternal; y que de tal manera conozca y llore mis males, que no sea curioso de los ajenos.

Perdonad a mi alma pecadora, perdonad mis males, y mis culpas, y pecados e injusticias; visitad a este enfermo, curad a este doliente, sanad a este tullido, resucitad a este muerto. Dad-

me, Señor, un corazón que os tema, y una alma que os ame, un sentido que os entienda, oídos que os oigan y ojos que os vean. Tened misericordia de mí, Dios mío, tened misericordia de mí, y desde ese alto trono de vuestra majestad miradme con rostro sereno, y con el rayo de vuestro resplandor alumbrad las tinieblas de mi corazón. Concededme, Señor, que sepa distinguir entre el bien y el mal, y que mi entendimiento esté siempre atento a Vos. Os pido, Señor, que me perdonéis todos mis pecados, y que en tiempo de mi necesidad y angustia me seáis propicio y benigno.

¡Oh santa y purísima Virgen María, Madre de mi Señor Jesucristo!, dignaos interceder por mí delante de Aquel cuyo templo merecisteis ser.

San Miguel, San Gabriel, San Rafael y todos los coros de los Angeles y Arcángeles, y vosotros, patriarcas, profetas, apóstoles, evangelistas, mártires, confesores, sacerdotes, levitas, monjes, vírgenes, y todos los justos y santos de

Dios: por aquel Señor que os escogió, y de cuya contemplación os gozáis, me atrevo a suplicaros que os dignéis interceder por mí, miserable pecador, para que mediante vuestros ruegos y oraciones yo merezca ser libre de la muerte eterna y de las uñas de Satanás.

Dadme, Señor, la vida perdurable por vuestra clemencia y benignísima misericordia.

Conceded, Señor mío Jesucristo, a los sacerdotes vuestro espíritu, y a los reyes y príncipes gracia para que juzguen justamente, y sus pueblos tengan paz y tranquilidad. Os ruego, Señor, por toda la santa Iglesia católica, por hombres y mujeres, por religiosos y seculares, por todos los gobernadores de la república, y por todos los fieles que por vuestro santo amor trabajan, y os suplico que les deis gracia para perseverar en el bien que hacen. Conceded, Señor mío, Rey de gloria, a las vírgenes, castidad; a los que están dedicados a vuestro servicio, continencia; a los casados, santidad; perdón a los

penitentes; a las viudas y huérfanos, remedio; a los pobres, amparo; a los peregrinos, que vuelvan a sus casas con bien; a los tristes, consuelo; a los fieles difuntos, eterno reposo; a los que navegan, que lleguen a deseado puerto; a los perfectos, que perseveren siempre en su bondad; a los buenos y medianos en la virtud, que vayan adelante; a los malos y perversos, como soy yo, que se aparten presto de su mal camino.

¡Oh dulcísimo y misericordiosísimo Señor mío Jesucristo, Redentor del mundo e Hijo de Dios vivo, yo confieso que entre todos los pecadores soy el más miserable pecador; pero con todo eso yo os suplico que no me arrojéis de vuestra misericordia, pues sois Señor clementísimo y tenéis compasión de todos.

¡Oh rey de los reyes!, que dais plazo de vida a los pecadores para que vuelvan a Vos, dádmele a mí para que me corrija y enmiende; despertad en mi alma un vivo y afectuoso deseo

para que os busque sobre todas las cosas, y os halle y tema, y haga vuestra santa voluntad.

Particularmente, ¡oh Padre santo, bendito y glorioso para siempre!, humildemente pido a vuestra Majestad que os dignéis tener debajo de vuestra mano, con particular protección, a todos aquellos que se acuerdan de mí en sus oraciones, o que se han encomendado a las mías indignas y que han usado alguna obra de caridad conmigo, y a todos mis parientes y amigos, vivos y difuntos, para que por vuestra gracia sean salvos.

Dad favor a todos los cristianos que viven, y a los que ya pasaron de esta vida precedera a la gloria de vuestra vista. Y también os suplico, Señor, que sois principio y fin de todas las cosas, que cuando viniere el fin y postrero día de mi vida, Vos me seáis piadoso juez contra el maligno acusador, y perpetuo defensor contra las asechanzas de nuestro antiguo enemigo, para que por vuestra gracia sea admitido en la com-

pañía de los Angeles y de todos los Santos en ese vuestro paraíso de deleites, en el cual yo os bendiga, ensalce, adore y glorifique en los siglos de los siglos.

## CAPÍTULO 40

### *Oración muy devota de la pasión del Señor.*

Señor mío Jesucristo, redención mía, misericordia y salud mía: yo os alabo y doy gracias, no las que debo, ni dignas de vuestros beneficios, sino indevotas, flacas y tibias, y sin la dulzura y afecto que sería razón, y tales como yo, vuestra vil y miserable criatura, os las puedo ofrecer. Pero Vos, Señor, esperanza de mi corazón y virtud de mi alma, suplid por vuestra misericordia lo que falta a mi flaqueza, pues sois mi vida, y el bien y fin de todos mis intentos. Bien sé que no merezco amaros tanto cuanto debo, pero a lo menos de-

seo amaros con todas mis fuerzas y cumplir con mi obligación.

¡Oh lumbre de mi alma, delante del cual están patentes todos mis deseos! Vos veis mi alma, y si ella desea alguna cosa buena, de vuestra mano es. Si la inspiración que me habéis dado, Señor, es buena—antes porque sé que es buena, pues es de amaros—, dadme lo que me hacéis querer y desear; concededme gracia para que yo os ame tanto cuanto Vos mandáis que os ame. Yo os ofrezco gracias y alabanzas, y os pido que este vuestro don no sea sin fruto para mí, pues me lo disteis de vuestra graciosa voluntad; sino que deis perfección a lo que habéis comenzado, y cumpláis por vuestra benignidad lo que, sin yo merecerlo, me habéis hecho desear. Encended e inflamad con vuestro amor este mi tibio y helado corazón; porque todo lo que deseo, y todo lo que pido y medito de vuestros beneficios, se endereza a suplicaros que encendáis en mí vuestro amor.

Vuestra bondad, Señor, me crió; vuestra misericordia me limpió del pecado original; vuestra paciencia, después que yo recibí la gracia del bautismo, estando envuelto y amancillado en muchas fealdades y miserias de pecados, me ha sufrido, sustentado y esperado. Esperáis, Señor, que yo me enmiende; y yo, para enmendarme y hacer penitencia de mis pecados, espero la inspiración y favor de vuestra gracia.

Dios mío, Criador mío, sufridor y pastor mío, yo tengo sed y hambre y deseo de Vos; por Vos suspiro; y, a la manera que un niño huérfano que ha perdido a su dulcísimo padre, llora por él y gime sin cesar, y con la memoria se acuerda de su querido padre, y con el corazón le abraza, así yo, no cuanto debo, sino cuanto puedo, me acuerdo de vuestra dulcísima pasión, de vuestras bofetadas, azotes y heridas, y de aquella inmensa caridad con la cual moristeis por mí, y fuisteis sepultado, y resucitasteis y subisteis a los cielos con gloria y triunfo. Estos misterios creo firme-

mente, y lloro las miserias de mi destierro, y espero la consolación de vuestra venida, y deseo la gloriosa contemplación de vuestro rostro. ¡Oh, si yo pudiera veros, Señor y Rey de los Angeles, acá entre los hombres abatido para ensalzar a los hombres a la dignidad de los Angeles! ¡Si pudiera veros morir, Dios eterno, y ofendido del pecador para dar vida al mismo pecador que os ofendió!

Triste de mí, que no merecí hallarme presente a este admirable e inestimable misterio, y quedar atónito y pasmado de ver morir a Dios en una cruz. Pero ya que no merecí esto, ¿por qué, ¡oh alma mía!, no estás traspasada de dolor cuando te acuerdas que fué abierto con una lanza el costado de tu Salvador, y sus pies y manos enclavados en un madero, y que de todos sus miembros corrieron ríos de sangre para tu redención? ¿Cómo no estás llena de amargura, viendo que a tu Señor le dan hiel y vinagre para su refrigerio? ¿Cómo no tienes compasión a aquella

castísima Virgen y dignísima Madre y Señora tuya?

¡Oh Señora mía piadosísima, qué fuentes de lágrimas derramaron vuestros castísimos ojos cuando visteis aquel vuestro Hijo purísimo e inocente atado, azotado y puesto en una cruz; cuando le visteis extendido en aquel duro madero, y aquella carne delicada salida de vuestras entrañas, tan maltratada de los pecadores y afligida! ¡Qué sollozos fueron los vuestros y qué sintió vuestro virginal pecho cuando oísteis aquellas palabras: *Mujer, he aquí a tu hijo*. Y al discípulo: *Esta es tu madre*; cuando trocasteis el discípulo por el Maestro y el siervo por el Señor!

¡Oh qué dichoso fuera yo si a lo menos con el santo José hubiera bajado de la cruz aquel cuerpo difunto y afeado, y ungídole con ungüentos aromáticos, y puéstole en el sepulcro para que, a lo menos, no faltase yo en este entierro e hiciese algún servicio a mi Señor!

¡Oh si yo me hubiera hallado en com-

pañía de aquellas bienaventuradas mujeres, y hubiera temido por aquella resplandeciente visión de los Angeles, y oído la nueva de la resurrección del Señor, nueva de consuelo, nueva esperada y deseada! ¡Oh si yo hubiera oído de la boca del Angel: *No queráis temer vosotros que buscáis a Jesús crucificado; ya resucitó, no está aquí!* Benignísimo, suavísimo y serenísimo Señor, ¿cuándo me recompensaréis lo que perdí, por no haber visto aquella incorrupción de vuestra gloriosa carne, y de no haber besado aquellas llagas y aquellos agujeros de los clavos, y derramado muchas lágrimas de gozo sobre todos los cardenales y señales de vuestro cuerpo? ¿Cuándo me consolaréis, y cuándo pondréis fin a mi dolor, el cual no se acabará mientras que durare esta mi peregrinación?

Pues ¿qué diré, ¡oh consolador de mi alma!, cuando considero que os partisteis sin despediros de mí, al tiempo que subiendo a los cielos echasteis la bendición sobre vuestros discípulos, y yo

no me hallé presente? Cuando fuisteis recogido por la nube con las manos levantadas, y entrasteis en el cielo, yo no lo vi. Los Angeles prometieron que tornaríais, y yo no lo oí.

¿Qué diré? ¿Qué haré? ¿Adónde iré? ¿Dónde le buscaré? ¿Y cuándo le hallaré? ¿A quién rogaré? ¿Quién dirá a mi Amado que desfallezco de amor? Faltado ha el gozo en mi corazón, mi risa se ha convertido en llanto, mi cuerpo y mi alma desfallecen, porque el Dios de mi corazón es mi parte y lo será para siempre. Por eso mi alma no admite consuelo ni le puede tener sino en Vos, dulcedumbre mía; porque ¿qué cosa puede haber en el cielo ni en la tierra que yo desee sino Vos? A Vos quiero, a Vos espero, a Vos busco, *a Vos dice mi corazón: Vuestro rostro, Señor, busco; no le apartéis de mí*, pues sois amador benignísimo de los hombres, y remedador del pobre y desamparado, y ayudador y padre de los huérfanos. Señor mío, tened misericordia de mí, que soy huérfano desamparado y sin padre, y

mi alma es como viuda que ha perdido a su marido y su amparo; mirad las lágrimas de mi orfandad y viudez, las cuales os ofrezco y os ofreceré hasta que volváis a mí. Ea, Señor, ea ya, aparecedme y quedaré consolado, volveos a mí y se cumplirá mi deseo; descubridme vuestra gloria, y mi gozo será colmado; porque mi alma tiene sed de Vos, y mi carne os desea; mi alma sedienta corre a la fuente de aguas vivas y dice: *¿Cuándo llegaré y pareceré delante de la cara de mi Señor?*

¿Cuándo vendréis, consolador mío? ¿Para cuándo os aguardaré? ¡Oh, sí, tengo de ver algún día el gozo que deseo! ¡Oh, sí, me tengo de hartar de aquella gloria, cuya hambre me fatiga! ¡Sí, me tengo de embriagar de aquel vino oloroso y suave por el cual suspiro; sí, tengo de beber de aquel río de deleites de que tengo sed! Entre tanto, Señor, las lágrimas sean mi sustento de día y de noche, hasta que se diga a mi alma: *He aquí a tu Dios*; hasta que ella oiga: *He aquí a tu Esposo*. Mien-

tras que viniere esta hora, apacentadme, Señor, con mis sollozos y recreadme con mis dolores. Quizá vendrá mi Redentor, porque es bueno, y no tardará, porque es piadoso. A Él sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.

**FIN DE LAS MEDITACIONES**

# SOLILOQUIOS

## CAPITULO PRIMERO

*Dè la inefable suavidad de Dios.*

Conózcaos yo, Señor, conocedor mío; conózcaos yo, virtud de mi alma. Mostráosme, consolador mío; véaos yo, lumbrè de mis cjos. Venid, gozo de mi espíritu, vea yo la alegría de mi corazón. Ámeos yo, vida de mi alma, Señor Dios mío y delectación mía, consuelo mío, dulce vida mía, y toda la gloria de mi alma. Manifestáosme, hálleos yo, deseo de mi corazón; téngaos, amor de mi alma; abráceos, Esposo celestial, regocijo interior y exterior mío, y bienaventuranza sempiterna. Poséaos yo, poséaos en medio de mi corazón, pues sois vida bienaventurada, y suma dulzura de mi alma. Ámeos yo, Señor, fortaleza mía,

defensa mía, refugio mío, y libertador mío; ámeos yo, Dios mío, ayudador mío, torre fortísima y dulce esperanza mía, en cualquiera tribulación. Abráceos yo, bien mío, sin el cual no hay cosa buena; goce de Vos, fuente de todos los bienes, sin la cual no hay cosa que se pueda llamar bien.

¡Oh Verbo, que penetra más que la espada de dos filcs!, penetrad mis oídos para que oigan vuestra voz: tronad, Señor de las alturas, con un trueno horrible y sonoro; altérese la mar y todos sus anchos senos; estremézcase la tierra y todas las cosas que en ella son.

Alumbrad mis ojos, ¡oh luz incomprendible!; enviad vuestros relámpagos y cegadlos, para que no vean la vanidad; enviad vuestros rayos y turbadlos, para que se descubran las fuentes y venas de las aguas, y los fundamentos de la tierra se manifiesten.

¡Oh luz invisible!, dadme vista, para que os vea; ¡oh olor de vida!, criad en mí un nuevo olfato, para que corra tras Vos al olor suavísimo de vuestros un-

güentos; sanad mi gusto, para que guste, conozca y entienda cuán grande es la muchedumbre de vuestra dulzura, que tenéis escondida para los que están encendidos de vuestra caridad.

Dadme un corazón ocupado en Vos, un ánimo que os ame, una memoria que se acuerde de Vos, un entendimiento que os entienda, y un espíritu que esté siempre estrechamente abrazado con Vos.

Amor mío sabio, sabiamente os ame yo.

¡Oh Vida, por la cual todas las cosas viven; Vida que da vida, que es mi vida, por la cual vivo y sin la cual muero; Vida por la cual resucito y sin la cual padezco; Vida por la cual estoy gozoso, y sin la cual estoy congojado; Vida vital, dulce y amable, y digna de tenerse siempre en la memoria. ¿Adónde estás, Vida? ¿Adónde te hallaré, para desfallecer en mí y vivir en ti? Allégate tú cerca en mi ánimo, cerca en mi corazón, cerca en mi boca, cerca en mis oídos y cerca en mi socorro; por-

que estoy herido de amor, y sin ti muero, y acordándome de ti resucito. Tu olor suavísimo me recrea, tu memoria me sana; pero no me hartaré hasta que se me descubra tu gloria. ¡Oh Vida de mi alma!, mi alma te codicia, y con tu memoria desfallece y dice: ¿Cuándo vendré y apareceré delante de ti, alegría mía?

¡Oh gozo mío, por el cual soy gozoso!, ¿por qué me vuelves tu rostro? ¿Adónde está escondido aquel Hermoso que yo deseo? Siento la fragancia de su olor, y con ella vivo y me gozo, mas no te veo; oigo tu voz, y vuelvo de muerte a vida. ¿Pero ¿por qué escondes tu faz? Dirás, por ventura: No me verá hombre que viva. Pues ea, Señor, muera yo para que os vea, y véaos para que aquí muera. No quiero vivir; morir quiero. Deseo ser desatado para estar con Cristo; morir quiero para ver a Cristo; no quiero vivir, por vivir con Cristo.

¡Oh Señor mío, Jesús mío!, recibid mi espíritu; Vida mía, recibid mi alma; gozo mío, robad mi corazón; dul-

ce manjar mío, cómaos yo; cabeza mía, enderezadme; lumbre de mis ojos, alumbradme; melodía mía, sosegadme; olor mío, vivificadme; Verbo de Dios eterno, recreadme; alabanza mía, alegrad el alma de vuestro siervo; entrad en ella, gozo mío, para que ella se goce de Vos; entrad en ella, dulcedumbre divina, para que tenga gusto de las cosas dulces; lumbre eterna, ilustradla, para que os entienda, conozca y ame. Porque por eso no os ama, Señor, si no os ama, porque no os conoce; y no os conoce, porque no os entiende; y no os entiende, porque no comprende vuestra luz, y la luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la conocieron.

¡Oh luz del alma, oh verdad resplandeciente, oh caridad verdadera, que alumbras a todo hombre que viene a este mundo! Al que viene a él digo, y no al que le ama; porque el que ama al mundo se hace enemigo de Dios. Deshaced las tinieblas que están sobre el abismo del entendimiento, para que entendiendo os vea, y comprendiendo

os conozca, y conociendo os ame; porque cualquiera que os conoce, os ama y se olvida de sí y os ama más que a sí; déjase a sí y viene a Vos, para gozar de Vos.

De aquí es, Señor, que yo no os amo tanto cuanto debo, porque no os conozco perfectamente; y porque poco os conozco, poco os amo; y porque os amo poco, poco me gozo de Vos. Y así, apartándome de Vos, que sois el gozo verdadero e interior de mi alma, y derramándome por las cosas exteriores, busco en ellas amistades falsas, porque carezco de solo Vos. Y así, aquel amor entero y total afecto que debía entregar a solo Vos, yo, miserable, lo reparto y lo empleo en las cosas vanas; y por eso soy vano, porque amo la vanidad.

Esta es la causa, Señor, por qué no me gozo en Vos ni me allego a Vos; porque Vos, Señor, estáis en las cosas interiores y yo en las exteriores; Vos en las espirituales y yo en las corporales; Vos moráis en las eternas y yo con el corazón me ocupo y con el pensa-

miento trato y con la lengua me derramo en estas transitorias y caducas. Vos en el cielo y yo en la tierra; Vos amáis las cosas altas y yo las bajas; Vos las celestiales y yo las terrenales; pues ¿cómo podrán estas cosas tan contrarias juntarse y hacer buena liga?

## CAPITULO 2

*De la miseria y fragilidad del hombre.*

¡Triste de mí!, ¿cuándo mis caminos torcidos se enderezarán con el cordel de vuestra rectitud? Vos, Señor, amáis la soledad, yo el bullicio; Vos el silencio, yo la parlería; Vos la verdad, yo la vanidad; Vos la limpieza, yo sigo la inmundicia. ¿Qué más, Señor? Vos sois verdaderamente bueno, yo malo; Vos piadoso, yo impío; Vos santo, yo miserable pecador; Vos justo, yo injusto; Vos luz, yo ciego; Vos vida, yo muerte; Vos medicina, yo enfermo; Vos gozo,

yo tristeza; Vos suma verdad, yo todo vanidad, como lo es cualquier hombre que vive.

Pues ¿qué diré yo? ¡Oh Criador mío!, oídme lo que digo: criatura vuestra soy, y perezco; criatura vuestra soy, y muero; hechura vuestra soy, y me vuelvo en mi nada; obra vuestra soy, porque *vuestras manos, Señor, me hicieron y me formaron*, aquellas manos, digo, que fueron enclavadas en la cruz por mí. Pues mirad la obra de vuestras manos, mirad las llagas que recibisteis por mí; en vuestras manos, Señor, me escribisteis; leed esta escritura, y salvadme. Heme aquí, Criador mío, que soy vuestra criatura y suspiro por Vos, recreadme; heme aquí, vuestra hechura, que clamo a Vos, que sois mi vida, vivificadme; heme aquí, que, como hechura de vuestras manos, miro a Vos, que sois mi Hacedor; reparadme, perdonadme, Señor, *porque mis días son nada*.

¿Qué cosa es el hombre para que pueda hablar con Dios, su Hacedor? Perdonadme si os hablo; perdonad a este

siervo que presume hablar con tan gran Señor. La necesidad carece de ley, el dolor me fuerza a hablar, y la calamidad que padezco me compele a dar voces. Enfermo estoy, y pido socorro al médico; ciego soy, y busco la luz; muerto soy, y suspiro por la vida; Vos sois el médico, Vos la luz, Vos la vida, ¡oh buen Jesús Nazareno!, tened misericordia de mí; Hijo de David, tened misericordia de mí. Fuente de misericordia, oíd al enfermo que os llama, esperad al ciego y dadle la mano para que venga a Vos, y vea con vuestra lumbré; resucitad a este muerto.

Pero ¿quién soy yo que hablo con Vos? ¡Ay de mí! Perdonadme, Dios mío; yo soy un cuerpo muerto y hediondo, manjar de gusanos, vaso de corrupción, leño seco para el fuego.

¿Quién soy yo que hablo con Vos? Soy *un hombrecillo nacido de mujer, que en breve se acaba y está lleno de muchas miserias*; un hombrecillo semejante a la vanidad y comparado a los brutos insipientes.

¿Qué más soy? Un abismo de tinieblas, una tierra yerma y miserable, hijo de ira, vaso de contumelia, que fué engendrado en inmundicia y vive en miseria y ha de morir en aflicción.

¡Ay de mí!, ¿qué soy y qué seré? Soy un muladar cubierto de nieve, una balsa de podre, lleno de mal olor y de horror, ciego, pobre, desnudo, sujeto a mil miserias. Porque ni entiendo mi entrada en el mundo, ni sé la salida de él; cuyos días huyen como sombra, y como humo desaparecen, y como flor salen y en un punto se marchitan y se secan.

¡Oh vida mía, frágil y momentánea, que cuanto más creces, más menguas; y cuanto más adelante vas, tanto más te allegas a la muerte; cuanto más has andado, tanto menos tienes que andar! Vida engañosa o, por mejor decir, sombra de vida, llena de lazos y peligros de verdadera muerte; vida inconstante y mudable; porque ya me alegro, ya me entristezco; ya estoy fuerte, ya flaco; ya vivo, ya muerto; ya me tengo por

bienaventurado, y soy siempre miserable; río y lloro casi en un mismo tiempo; tan sujeto a mudanzas, que apenas puedo estar un momento en un mismo ser.

Pues ¿qué diré de las fatigas y congojas que combaten esta breve y triste vida? Por una parte la cercan dolores y quebrantos; por otra, peligros y temores, el hambre y la sed, el calor y el frío, la enfermedad y la pena, que son los corredores de la muerte importuna, y al fin la misma muerte la saltea y acaba, y no de una sola manera. A unos mata con calenturas, a otros con dolores, a éste con hambre, al otro acaba con sed; unos perecen ahogados en las aguas, otros colgados de una soga de un palo; unos abrasados del fuego y otros despedazados de las bestias fieras; el hierro, y el veneno, y el espanto repentino se llevan a muchos y los arrebatan.

Y siendo tantos nuestros desastres y tantos los enemigos que nos hacen guerra para darnos la muerte, y siendo ella

tan cierta y tan inevitable, no hay cosa más incierta que la hora en que ha de venir, y el estado en que nos ha de tomar. Y cuando el hombre está más seguro, cae, y su esperanza desfallece; porque no sabe ni en qué tiempo, ni en qué lugar, ni de qué manera ha de morir, con saber certísimo que ha de morir.

He aquí, Señor, cuán grande es la miseria del hombre, en la cual yo vivo, y aún no temo; cuán grande es la miseria que padezco, y no me congojo ni clamo a Vos. Clamaré, Señor, antes que me acabe, porque por ventura no me acabaré, sino permaneceré en Vos. Diré, pues, mi miseria, y no tendré vergüenza de descubrir ante Vos mi vileza.

Ea, pues, Señor, fortaleza mía, ayúdame; socorredme, virtud mía; venid, luz por la cual veo; descubríos, gloria mía, por la cual me gozo; apareced, vida, en la cual vivo, ¡oh Dios y Señor mío!

### CAPITULO 3

#### *De la admirable claridad de Dios.*

¡Oh luz!, la cual veía Tobías cuando, cerrados los ojos, enseñaba a su hijo el camino de la verdad; ¡oh luz!, la cual veía Isaac interiormente cuando, sin vista exterior, declaraba a su hijo lo que había de ser; ¡oh luz invisible! a la cual el abismo del corazón humano es patente y visible. ¡Oh luz!, la cual vió Jacob, cuando, enseñado por Vos, pronosticaba a sus hijos lo que les había de suceder. Las tinieblas están sobre la faz del abismo de mi alma, y Vos sois luz. Ennochecidas están las aguas de mi corazón, y Vos sois la verdad.

¡Oh Verbo eterno, por el cual todas las cosas son hechas, y sin el cual ninguna cosa fué hecha! Verbo, que eres ante todas las cosas, y ante el cual no hubo ni hay alguna; Verbo, criador de

todas las cosas, sin el cual todas son nada; Verbo, gobernador de todas las cosas, sin el cual no tienen ser; Verbo, que en el principio dijisteis: *Hágase la luz*, y fué hecha la luz. Pues decid a mi alma: Hágase la luz, y sea hecha la luz, y vea la claridad, y conozca todo lo que no es luz. Porque sin Vos, para mí las tinieblas y la luz son una misma cosa; sin vuestra luz no hay verdad, sino error y vanidad; no hay discreción, sino confusión; no hay ciencia, sino ignorancia; no hay vista, sino ceguera; no hay camino, sino desierto sin camino; no hay vida, sino muerte.

#### CAPITULO 4

*De la miseria de la humana naturaleza.*

He aquí, Señor, cómo faltando la luz sucede la muerte; antes no hay muerte, porque la muerte es nada, pues por ella vamos a la nada, y nosotros no tememos hacernos nada por el pecado.

Y con razón, por cierto, Señor, porque recibimos el pago de nuestro merecido y venimos a ser nada, como el agua que corre y pasa. Porque sin Vos no se ha hecho nada, y nosotros, haciendo el pecado, que es nada, somos hechos nada; porque sin Vos somos nada, por el cual todas las cosas son hechas, y sin el cual no se ha hecho nada. ¡Oh Señor Dios!

¡Oh Verbo eterno, por el cual todas las cosas fueron hechas, y sin el cual no se ha hecho nada! ¡Triste de mí, que tantas veces me he cegado! Porque Vos sois luz, y yo estaba sin Vos.

¡Ay de mí, que he sido herido tantas veces! Porque Vos sois la salud, y yo estaba sin Vos.

¡Desventurado de mí, que tantas veces he sido desatinado! Porque Vos sois verdad, y yo estaba sin Vos.

¡Desdichado de mí, que tantas veces he andado descaminado! Porque Vos sois el camino, y yo andaba fuera de Vos.

¡Miserable de mí, tantas veces muer-

to! Porque Vos sois vida, y yo estaba sin Vos.

¡Pobre de mí, que tantas veces me he vuelto en nada! Porque Vos sois el Verbo, por el cual son hechas todas las cosas, y yo estoy sin Vos.

¡Oh Señor Dios y Verbo eterno!, que sois luz, por la cual fué hecha la luz; y sois camino, verdad y vida, y no hay en Vos tinieblas, error, vanidad ni muerte; luz sin la cual todo es tinieblas; camino sin el cual todo es error; verdad sin la cual todo es vanidad; vida sin la cual todo es muerte. Decid, Señor, una palabra, decid: Hágase la luz, para que yo vea la luz, y huya de las tinieblas; vea el camino, y me guarde de perderle; vea la verdad, y me desvíe de la vanidad; vea la vida y aborrezca la muerte.

Alumbradme, Señor, pues sois mi luz y la claridad de mi alma y mi salud; Vos sois mi Señor, a Vos alabaré; sois mi Dios, a Vos honraré; sois mi Padre, a Vos amaré; sois mi Esposo, para Vos me guardaré.